

Grotesco ~ A gótico Épico

Por GE Graven



Capítulo III



Abbaye des Gardiens ~ Provincia de Auvernia ~ Centro de Francia

~La abadía de Gardens era un monasterio amurallado sobre una gran colina pedregosa que se alzaba imponente sobre

Las tierras indómitas del centro de Francia. Bajo la abadía, un intrincado laberinto de catacumbas serpenteaba por las entrañas de la colina. Fray Iván Gogu, el mayor de los hermanos mendicantes de Gardiens, había asumido la responsabilidad de las catacumbas al llegar a la abadía hacía más de una década; y en ese lapso de tiempo, el vasto sepulcro se había convertido en una especie de penitencia pétreo que pesaba mucho sobre su corazón. Su tosca túnica susurraba en los pasadizos intrincados mientras se apresuraba, siempre recto y descendiendo sin cesar. La mayoría de los frailes rara vez se aventuraban a tales profundidades; la escasa hilera de antorchas secas encajadas en las paredes de piedra revelaba la ausencia de uso previo. El conducto de breña no tenía vasos ramificados y la arteria hueca se hundía en la tierra como un camino de ladrillos negros que conduce al infierno.

El repiqueteo de las sandalias de Iván resonó, pues ningún eco reverberó contra las ásperas paredes de piedra cincelada. En su continuo descenso, el aire se volvió denso, frío y viciado; el penetrante olor a óxido de hierro y roca mojada flotaba en el aire .

El pasaje descendía sin cesar. Los estrechos muros de piedra se estrechaban cada vez más a medida que el camino se volvía más empinado y angosto. Su linterna reveló más del suelo del pasaje, ahora húmedo y cubierto de condensación. Con una linterna en una mano y los dedos de la otra rozando la pared opuesta, Iván ralentizó su avance, dando pasos cada vez más cortos y cuidadosos para evitar resbalar sobre el reluciente sendero de granito.

El único propósito del túnel de inmersión era aprovechar un manantial subterráneo de agua dulce y proporcionar un suministro de agua pura y abundante a las catacumbas de la abadía para incluso las temporadas de vinificación más exigentes. Con ese fin, y a gran profundidad bajo la soleada ladera, el túnel desembocaba en una cavidad abierta y cavernosa de piedras irregulares y superficies lisas, desgastadas por siglos de erosión natural. Finalmente, la luz de la antorcha no encontró nada que iluminar. Los monjes de Gardiens llamaban a este lugar oscuro y remoto el Pozo. Una profunda zanja revestida de piedra dividía la cavidad, canalizando un manantial subterráneo rápido pero silencioso.

Desde la oscuridad del Pozo, un gemido resonó por el túnel. Era la voz de un niño, pero aquel grito desgarrador lamentaba el dolor de una vida entera de miseria. Otro sollozo se escapó, pero quedó ahogado, como si la tristeza y el orgullo lucharan sin cesar en un pecho torturado y lastimero. Respiraciones entrecortadas siguieron a los sollozos ahogados, luego el silencio, y después otro estallido de dolor. El ciclo se repitió, resonando en la oscuridad. Era el lamento de un rey vencido y el gemido de una viuda afligida, entrelazados en uno solo.

"¿Lázaro?"

El llanto cesó.

"¿Lázaro? ¿Estás ahí?"

"Estoy aquí, fraile. Estoy llenando el cubo."

La oscuridad total se rindió a la luz de una antorcha crepitante que sostenía el monje al entrar en el hueco. Era alto, de espalda ancha y pecho profundo, y la tristeza en sus ojos azul intenso desmentían la sonrisa jovial en sus labios. Su bien cuidada cabellera plateada, que coronaba su cabeza como el halo caído de un ángel, complementaba su barba corta y limpia, entrecana. Un muchacho con una joroba pronunciada emergió del manantial, con un cubo lleno de agua a sus pies. Vestía una túnica de tela tosca similar a la del fraile, con una capucha que le cubría la cabeza. Una máscara —una especie de capucha del mismo material— le cubría el rostro. Dos agujeros circulares indicaban dónde podrían haber estado los ojos, y una pequeña solapa de tela le cubría la boca. La sucia prenda parecía la máscara de un leproso con la capucha de un monje.

El muchacho era aprendiz, pero sus aposentos no estaban sobre el nivel del suelo, como los de la otra al

En cambio, Lázaro vivía bajo los terrenos de la abadía, en las catacumbas, en una habitación pintoresca que el fraile Iván le había preparado, con una cama toscamente hecha y mantas gruesas. Aunque tenía trece años, su pequeña estatura y sus delgadas extremidades lo hacían parecer mucho más joven. Sin que lo supieran los demás residentes de la abadía, salvo él mismo y los frailes Iván y Odino, Lázaro era un Gogu, el hijo ilegítimo de Iván Gogu.

“¿Qué te preocupa, hijo?”

“Nada, señor. Ya tengo el agua.”

—¿Estás llorando, Lázaro? —El niño se presionó la cara con los dedos y la tela que cubría sus ojos se oscureció con la humedad.

“La capucha se resbala y no puedo ver. Giro la cabeza y se resbala. Abro la boca y se resbala. Duermo y se resbala. Se me pega a las orejas y los cordones se enganchan en mi pelo.”

“Entonces debemos hacerte una capucha nueva. Me esforzaré al máximo para que sea cómoda. ¿Te gustaría una capucha nueva?”

“Esta capucha huele mal. Ya no se puede lavar. Sé cómo hacer que la próxima quede mejor, fraile. Puedo enseñártelo.”

—Entonces lo harás. Puedes ayudarme a hacer el siguiente. Iván se inclinó y, con la mano libre, abrazó a Lázaro.

“Tengo una sorpresa para ti, hijo.”

“¿Qué es?”

“He descubierto un manuscrito sobre animales en el scriptorium.”

“¿Con pájaros?”

“Sí, la obra está repleta de hojas con motivos de pájaros, incluso con coloridas pinturas de ellos .”

“¿Podría verlo esta noche, fraile?”

—Sí, te lo traeré. Es nuevo, ¡de París! Pero debo devolverlo al amanecer , no vaya a ser que los demás se den cuenta de que falta. Puedes tener el libro esta noche, pero primero debemos limpiar.

Lázaro no pronunció palabra, y aunque su rostro permanecía oculto, una expresión pensativa lo invadió ; su rostro cubierto por el sudario fijó su mirada en el monje. La luz de la antorcha iluminó unos ojos azules de una belleza inquietante que asomaban por unos agujeros de arpillera sucia.

“Fray, ¿puedo preguntarle algo?”

“Por favor, hazlo.”

“¿Seré fea cuando sea mayor?”

Iván buscó captar toda su atención, apoyando la mano en el hombro del niño. “Escúchame, hijo.

No eres fea. Eres hermosa. No llevas la capucha para ocultar la fealdad.

Llevas la capucha para ocultar tu belleza de la fealdad. La fealdad teme a la belleza como si fuera maldad.

«Teme al corazón puro». El monje se levantó bruscamente y, tras exhortar al niño a quedarse, salió del hueco con la antorcha en la mano. La oscuridad envolvió la pequeña figura encorvada. Un instante después, unos pasos cautelosos rompieron el silencio. En la penumbra, Iván encontró al niño y se agachó frente a él.

“Deja el cubo, hijo.”

Iván tanteó el suelo, encontró una piedrecita y la cubrió con el puño. Hizo lo mismo con la otra mano y luego le ofreció ambas manos cerradas al niño.

Iván levantó la mano izquierda. “¿Qué tengo en la mano, Lázaro?”

“Una piedra.”

Iván levantó la mano derecha. “¿Y en esta mano?”

Lázaro respondió: “Nada”.

“¿Puedes estar seguro, Lázaro?”

“Oí que recogías una piedra. Y luego oí que no lo hacías.”

—Atrapa la piedra —dijo Iván de repente, lanzándola al aire. En la oscuridad, escuchó si la piedrecita resonaba contra el suelo. No lo hizo.

“Dime, hijo mío, ¿qué tienes en tus manos?”

“La piedra.”

“¿Y por qué lo tienes en la mano, Lázaro?”

“Me ordenaste que lo atrapara.”

“Lo que pescaste fue más que una piedra.”

“¿En qué sentido es mejor?”

«Es un confesor de la verdad. Ahora, lánzame la piedra». Iván sintió una manita en la suya y se apartó. «No, hijo. Lánzame la piedra, igual que yo te la lancé a ti». Lázaro, obedientemente, lanzó la piedra. Se oyó un tintineo cuando la piedrecita golpeó el suelo.

—Perdóname, fraile. Tengo que volver a lanzarlo.

“No. Quédate quieto, hijo, escucha. ¿Por qué no atrapé la piedra?”

“Sin luz no se puede ver.”

“En efecto. Ahora bien, ¿qué verdad nos reveló la piedra?”

—No puede hablar, fraile. —Había un atisbo de diversión en la voz del niño.

“¡Pero ya habló! Cuando tú atrapaste la piedra, cosa que yo no hice, la piedra confesó al mundo entero que eres realmente hermoso. ¿Comprendes lo que quiero decir, hijo?”

—Sí —dijo el chico lentamente.

“¿Tú?”

—Sí, fraile. Pero, ¿cuánto tiempo más?

Iván se puso de pie y atrajo al niño hacia sí. —Pronto. Nos vamos pronto.

“¿Cuándo?”

“Antes de que termine el año, estaremos viviendo en Borgoña y no volverás a usar la capucha jamás. Sin embargo, por ahora, te coseremos la mejor que hayas tenido. Será la última.”

“¿Pueden Miguel y Thateus tener también capuchas nuevas? Las suyas también se resbalan. Me lo han dicho.”

Tanto Miguel como Thateus eran niños escuderos con graves deformidades, pero a diferencia de Lázaro, fueron abandonados en las escaleras de la abadía y acogidos y criados por los monjes guardianes. Sin embargo, al igual que Lázaro, también llevaban capuchas completas, similares a las de los leprosos, con agujeros para los ojos para ocultar sus antiestéticas deformidades. De esta manera, los tres niños compartían un vínculo común: su apariencia externa idéntica. Juntos, completamente cubiertos con sus capuchas, parecían un trío de pequeños fantasmas de arpillera. Con frecuencia, Iván llamaba a Miguel y Thateus a las catacumbas para que trabajaran junto a Lázaro, y como Lázaro siempre había estado confinado allí, esto le producía a Iván tanta o más alegría que a Lázaro. Para los tres niños, el gigante fraile Iván era el creador de sus máscaras: un salvador y protector de rostros. Y para Iván, cuando estos niños fantasmales estaban juntos y Lázaro estallaba en carcajadas —una risa bastante rara allí en las catacumbas—, la alegría inesperada y memorable invariablemente servía para calmar su alma atribulada.

“También les coseremos capuchas nuevas. Puedes ponérselas tú mismo, hijo. ¿Te gustaría?”

“Lo haría.”

“Muy bien, entonces lo harás.”

“¿Pueden venir con nosotros?”

Iván respiró hondo antes de hablar. «Deben quedarse aquí, Lázaro. La abadía es su hogar. La abadía es buena para ellos».

“¿Puede venir el fraile Odino?”

Iván echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. «¡Lázaro, de verdad! Si nos fuéramos sin Fray Odino, podría perseguirnos y pegarnos con una cabra». El niño se rió ahora. «¿Quieres que nos pegue con una cabra? No, hijo; por supuesto que Fray Odino vendrá con nosotros».

“¿A Borgoña?”

“Muy, muy lejos de aquí, Lázaro. Ahora, pásame el cubo. Tenemos mucho que hacer.”

“Yo llevaré el cubo, fraile.”

“No. Dame el cubo, Lázaro. Tú puedes llevar el siguiente.”

Iván había recuperado la antorcha y ahora se la ofrecía al niño. “Tú guías el camino”.

“El cubo pesa mucho, fraile. Tengo que cargarlo yo.”

“Toma la antorcha. Guíame. Yo tengo el cubo. Abre el camino, hijo.”

A regañadientes, el niño tomó la linterna e iluminó el camino, sintiéndose incómodo porque Iván caminaba.

tras él.

Casi una hora había transcurrido mientras Lázaro fregaba las ornamentadas tallas de la pared del corredor principal, ennegrecidas por años de humo de aceite de antorcha y hollín. En ese lapso, el balde rebosante de agua cristalina se había convertido en medio balde de una sopa oscura y viscosa como la tinta china. Era necesario otro viaje al Pozo. Lázaro levantó el balde y comenzó a bajar por el corredor, pero se detuvo en seco al ver una rata negra correr a lo largo de la base de la pared junto a él. Fray Clodio chocó con el muchacho por detrás, sacudiendo el balde y salpicando gran parte de la inmunda porquería sobre la túnica del niño. —¡Apártate del camino! —gruñó. Siguió adelante, pasando junto a Lázaro, persiguiendo a la rata con una larga vara de madera.

—Perdóname, fraile —murmuró Lázaro, continuando por el pasillo, mirando el desorden en su túnica. Alcanzó a Clodio, que tenía a la rata acorralada entre la pared y una columna—. Ahora te tengo —le dijo Clodio a la rata petrificada. Lázaro se detuvo detrás del fraile para echar un vistazo a la rata. Sin saber que Lázaro estaba detrás Clodio levantó lentamente la vara, con la intención de arrinconar a la rata y matarla.

De repente, Lázaro dejó caer el cubo de agua, que se volcó y se derramó en el suelo, haciendo que la rata condenada saliera de la grieta. El agua sucia salpicó los pies del fraile Clodio y le manchó la túnica. Sobresaltado, gritó y se giró mientras la rata, ahora empapada, corría doblando una esquina y poniéndose a salvo.

“¡Tú! ¡Lo hiciste a propósito!”, le recriminó a Lázaro.

—Perdóname, fraile —respondió Lázaro. Volteó el cubo, se arrodilló y rápidamente empapó el agua que cubría las sandalias del monje. Clodio alzó la vara hacia él; Lázaro se preparó para el golpe.

—¡Clodio! —exclamó Fray Iván, irrumpiendo por el pasillo. Clodio bajó rápidamente el bastón y le dijo: —¡Me arrojó un balde de agua sucia!

“¿Qué?” Iván se detuvo frente a ellos. Observó el desorden en los cuerpos de Lázaro y Clodio. túnicas.

“¡Acorralé a una rata y me arrojó agua sucia para protegerla! ¡Exijo una disculpa y un castigo inmediato!”

—Lázaro —le preguntó Iván—, ¿es cierto?

“Se me cayó el cubo, fraile.”

“¿Intencionalmente?”

—Sí, fraile —dijo Lázaro, bajando la cabeza.

“¡Ahí lo ves! ¡Lo he recogido exactamente!”, gritó Clodio.

“¿Lázaro? ¿Por qué?”, le preguntó Iván.

—No matarás, fraile —dijo Lázaro en voz baja. Clodio resopló y puso los ojos en blanco con disgusto.

Iván continuó: “Pero ese mandamiento se aplica a los hombres, no a las ratas, ¿verdad?”.

Lázaro movió los pies y, tras una pausa, respondió: «Lo sé, fraile, pero...»

Iván lo interrumpió: "Entonces entiendo que quizás le debas una disculpa al buen fraile".

—Perdóname, fray Clodio. Deseo corregirme ahora. —Lázaro se humilló.

Clodio volvió a alzar su bastón cuando Iván se interpuso entre ellos y se dirigió a Lázaro.

“Tu penitencia consistirá en esto: traer un balde de agua limpia y limpiar las paredes grabadas.

Ahora, sigan adelante.

—En efecto, fraile —dijo Lázaro, haciendo una reverencia apresurada y alejándose rápidamente con el cubo.

Clodio se quedó boquiabierto. "¡Lo tenías limpiando las paredes!"

Iván, una cabeza más alto que Clodio, se acercó a su rostro y gruñó: «¿Qué asuntos...?»

¿Acaso pretendes entrar en mis catacumbas, salvo para perseguir ratas? Escúchame bien: tú

supervisas los terrenos de la abadía y yo lo que hay debajo. ¡Tú corriges a tus escuderos y yo a los míos!

¡Ahora, Clodio, lárgate de inmediato!

El fraile reprendido retrocedió, subiendo furioso por el pasillo, gritando y murmurando en su

apresurada partida. «¡Haré que el muchacho sea corregido, Iván! ¡Ahora mismo se lo llevo al abad!»

“¡Por favor, hazlo! Y cuéntale que persigues ratas en mis catacumbas, en lugar de cuidarlas.

—¡Tuya! —gritó Iván. Clodio se negó a responder y desapareció en la penumbra.

Iván se apartó de él y solo entonces se permitió una sonrisa, lenta y discreta, como la de quien ha ganado

una apuesta que nunca hizo. Echó los hombros hacia atrás y juntó las manos a la espalda como un prisionero

condenado pero orgulloso, destinado a marchar al infierno, y se adentró más en las catacumbas

mientras la oscuridad lo envolvía.

Clodio era un hombre amargado. Incluso el abad tenía poca tolerancia hacia él. Por suerte para Iván, el abad Vonig lo consideraba como el hijo que nunca tuvo. A los ojos del abad, Iván no podía hacer nada malo. Y todos los monjes de la abadía se reunieron por igual y con naturalidad: Hacerse amigo de Iván significaba hacerse amigo del abad y, por consiguiente, tener fácil acceso a la bodega de las catacumbas. Por el contrario, la forma más segura de enfadar a Iván era maltratar a Lázaro, Miguel o Thateus, aquellos frágiles escuderos condenados por la deformidad.

~*~

Lázaro hacía rato que había terminado sus tareas. Iván lo apartó de un manuscrito ilustrado con pájaros de colores vivos y lo acompañó a la cama, apagó las pocas antorchas que aún ardían en las catacumbas y se retiró a su habitación en el dormitorio de los frailes para pasar la noche. Casi todos los monjes de Gardiens ya se habían acostado hacía rato, salvo unos pocos con túnicas oscuras y fantasmales que vagaban por los terrenos iluminados por la luna realizando labores nocturnas.

Fray Delon Odino salió del dormitorio de los monjes por una pequeña puerta lateral y se escabulló por el patio envuelto en niebla para su placer nocturno. Encendió una antorcha solo después de entrar en la escalera de las catacumbas. Tras varias copas, se le unió en la bodega un soñoliento Lázaro. Para ambos, era una práctica habitual. Disfrutaban del suspense, de la emoción de lo ilícito: Lázaro sabía que no debía salir de su habitación tras la partida de Iván, y a Odino, cuya debilidad por el vino no era el secreto mejor guardado de la abadía, le habían advertido que se mantuviera alejado de las catacumbas al anochecer.

Ahora, Odino estaba sentado sobre un banco de trabajo, desplomado contra la pared de la bodega con las piernas extendidas. A su alrededor, la habitación estaba llena de tinas de vino añejo y barriles de posos. El aire estaba impregnado del olor pegajoso y penetrante de la fruta fermentada.

—Ah, Lázaro, muchacho. Supuse que estabas durmiendo. ¡Entra! ¡Habla! —Odino sonrió, agitando una copa medio vacía.

Aparte de Iván, Odino era el único otro monje de la abadía que realmente conocía al niño. En muchos sentidos, el fraile gordo y de mejillas sonrosadas era como un tío para Lázaro: tío y amigo.

—¿No te diste cuenta de que iba a venir? —le preguntó Odino, dejando escapar las palabras torpemente de sus labios humedecidos por el vino.

—¿Qué? —preguntó Lázaro con voz soñolienta.

“Contigo y con Iván, fuera de la abadía.”

"Yo no lo sabía."

—Y si os vais sin mí, os perseguiré a los dos y os daré una paliza con una cabra. — Se rieron entre dientes—. De alguna manera, echaré de menos esta abadía.

—¿Y el vino? —preguntó Lázaro. Odino lo miró con desaprobación.

Lázaro paseaba por la habitación, tocando todo a su paso y sin dirigirse a ninguna parte, como en un juego de niños.

Finalmente, Odino volvió a hablar: «He notado un fuego ardiendo en ti estos últimos días; tu sangre está caliente. Deseas ser liberado de estas catacumbas, ¿verdad?».

“Deseo ver el mundo, fuera de los libros. Y pájaros, vivos, volando. No como los

El muerto que me trajiste.

Odino soltó una carcajada. "¿Todavía tienes eso?"

"Le abrí las alas; se hizo pedazos. Lo envolví y lo coloqué en una de las criptas. ¿Acaso Fray Iván, ¿cuándo partiremos hacia Borgoña?"

"Muy pronto, muchacho. Muy pronto."

Tras una breve pausa, Lázaro preguntó: «Fray, ¿puedo preguntarle algo?».

"En efecto."

—¿No te preocupa en lo más mínimo dejar la abadía? —Lázaro buscó en su rostro algo más que palabras.

"La rutina se ha vuelto monótona. No puedo seguir el ritmo de los días."

"¿Qué haremos entonces, sin la Abadía?"

"Bueno, para empezar, no tendremos que vivir según las normas del momento. ¿No te agrada eso?"

—Supongo que... no lo sé. —Lázaro bajó la cabeza, que estaba cubierta por la capucha.

Claro que no. Es todo lo que conoces: estas paredes de catacumbas y la misma rutina monótona.

Pero pronto lo verás. No perteneces aquí abajo; tu padre lo sabe bien. Él ve lo que yo he visto desde hace tiempo: un pájaro revoloteando en su jaula.

"¿Qué pájaro?" Lázaro miró alrededor del sótano. "¿Dónde?"

"Tú eres el pájaro y la abadía es la jaula", aclaró Odino.

Lázaro se apoyó en la mesa, junto a Odino. —¿El vino sabe como huele, fraile?

"Aún mejor." El monje sonrió y brindó por el muchacho con un gesto teatral antes de beber un buen trago de la tosca copa de madera.

"Huele mal. Seguro que también sabe mal."

—Después de unas cuantas copas, uno ya no piensa en el sabor —dijo Odino, secándose la sonrisa con la manga y extendiéndole la copa vacía al muchacho—. Ayuda a un gordo y cansado tonto, muchacho. —
Lázaro tomó la copa.

—¿Por qué bebes más vino que los demás monjes, fraile? —preguntó Lázaro, acercándose a un barril de vino.

"¿Primera Timoteo, 23 de 5?", preguntó Odino apresuradamente.

El muchacho no dudó. «No bebas más agua, sino un poco de vino, por tu estómago y tus frecuentes dolencias».

"¡Una vez más, esta vez en latín!"

Lázaro respondió obedientemente: "Noli adhuc aquam bibere sed vino modico utere propter listeningum tuum, et frecuentes tuas infirmitates".

Odino rió, se detuvo bruscamente y chasqueó los dedos. "¡Ese barril no! Este,

—Muchacho —dijo Odino, señalando otro barril. Lázaro se acercó a un barril más próximo y llenó cuidadosamente la copa—. ¿Es todo lo mismo, según entiendo? ¿Por qué este barril, fraile? Después de que Lázaro regresó y le dio el cáliz a Odino, el monje le preguntó: «Lucas, 39 de 5».

Una vez más, el muchacho no dudó. «Y nadie, después de haber bebido lo viejo, desea inmediatamente lo nuevo, pues dice: “Lo viejo es mejor”».

Odino soltó una carcajada tan sonora que derramó vino por todo el suelo de la bodega. Como un perro desconcertado, Lázaro ladeó la cabeza y se quedó inmóvil como una estatua mientras Odino se recomponía.

Entonces Lázaro preguntó: "¿Qué es? Lo digo correctamente."

—En efecto, lo haces, como siempre, Lázaro. Sin embargo, ahora he descubierto su secreto — balbuceó el monje, aún temblando de alegría contenida—. A mi parecer, tienes un pequeño escritorio de libritos diminutos bajo esa máscara tuya. Y pasas sus hojas con la nariz.

—No tengo libritos, fraile —respondió Lázaro con franqueza.

Odino se rió de su respuesta seria. «Pero, ¿cómo lo haces, muchacho? ¿Cómo recitas cada palabra como lo haces?»

“Sé leer.”

Sin embargo, las palabras no permanecen en la mente de los demás como en la tuya. ¿Cómo es posible leer algo una sola vez y recordarlo para siempre? Nadie en esta abadía puede hacerlo ; en toda mi vida, no conozco a nadie, salvo tú. Dime cuál es su magia.

“Solo lo recuerdo, fraile.”

“Por supuesto que sí, muchacho.” Odino suspiró. “Y solo el Señor conoce las profundidades de tal cosa. Una bendición tan singular como la tuya”. De nuevo, brindó por Lázaro antes de apurar el último sorbo de vino de su copa. Luego le ofreció el cáliz a Lázaro para que lo rellenara, pero lo encontró... De espaldas, mirando hacia la entrada del sótano.

Lázaro se volvió hacia Odino. «Fray, ¡alguien se acerca! Creo que son tres».

Odino saltó del banco de trabajo como si estuviera en llamas. Se dirigió apresuradamente a la pared del fondo, limpiándose bien la boca para quitarse cualquier rastro de vino mientras escondía su copa tras una tinaja. Lázaro se movió hacia la otra pared, sacó la antorcha de su soporte, la sumergió en el cántaro de aceite y apagó toda la luz en la bodega; la habitación quedó sumida en la oscuridad total.

En la oscuridad, Odino buscaba agitando los brazos en la dirección donde había visto a Lázaro por última vez. «Ven aquí, muchacho. Guíame», susurró Odino.

“¿Adónde te llevo, fraile?”

—Silencio, controla tu lengua. Sácame de aquí. No puedo ver —siseó Odino.

impacientemente, tanteando el aire en busca de Lázaro.

—¿Adónde deseas ir? —preguntó Lázaro, tomando suavemente la mano de Odino .

“¡Llamas de ángeles! ¡A cualquier parte, muchacho! ¡Sácame de aquí!”

“¿A una cripta, entonces?”

“¡Sí, una cripta! ¡Enseguida!”, siseó Odino.

Lázaro condujo a Odino fuera de la bodega y por el oscuro pasadizo. «Aquí, fraile», susurró , guiando la mano de Odino hacia una gruesa manija de hierro. El monje abrió la pesada puerta, señalando en la oscuridad el lugar donde había oído por última vez la voz del muchacho.

“¡Adentro! ¡Dense prisa!”

—Estoy aquí, fraile. —La voz provenía ahora de detrás de él, del interior del sepulcro.

—Lázaro —susurró Odino, cerrando la puerta—, ¿cómo puedes saber tanto y, sin embargo, comprender tan poco?

“No entiendo lo que quieres decir, fraile.”

“Por supuesto que no. Puedes leer páginas en tu mente, ¿y aun así no entiendes lo que quiero decir?”

“No sabía adónde querías ir, fraile.”

“¡Ah! Entonces, me reúnes .”

“No me dijiste dónde estabas...”

Las puertas de las catacumbas se abrieron y Odino lo interrumpió bruscamente: "Silencio, muchacho, ya vienen".

Tres monjes avanzaron un poco por el túnel para buscar antorchas y un cubo de aceite.

Con la misma prisa, se marcharon de nuevo. Tras oír que se cerraba la puerta de la catacumba, Lázaro y Odino salieron sigilosamente de la cripta. Lázaro regresó a su habitación, y Odino, aún ebrio, siguió las paredes de las catacumbas y volvió a su dormitorio.

En otro lugar, en una pintoresca celda del segundo piso del dormitorio de los monjes, Iván dormía profundamente.

A través de una estrecha ventana abierta, una luna creciente dejaba ver el escaso contenido de la habitación: una cama con una cruz de madera en la pared sobre ella, un escritorio repleto de libros y una pequeña caja con las pertenencias de Iván. Reinaba el silencio.

El aleteo rompió la oscura quietud y un cuervo luminoso brilló sobre el alféizar de la ventana, con la mirada fría fija en Iván. La habitación se enfrió tanto que el aliento de Iván se arremolinaba en una niebla. De repente, el cuervo saltó a la habitación antes de transformarse en una mujer desnuda que caminó descalza por el suelo.

Lucifael echó su larga cabellera hacia atrás y se detuvo al pie de la cama de Iván. Con ojos penetrantes y una sonrisa coqueta, lo miró con deseo. «El destino nos une de nuevo», susurró. Pasó una uña negra sobre él. «Sigue durmiendo, mi amor». Iván hizo una mueca, ahora envuelto en un paisaje onírico sensual. «Y esta vez nuestra semilla enmendará la historia, corrompiéndote en

"Lo mismo", dijo, apartando suavemente sus mantas, desabrochándole la ropa y acariciándolo. —Y no me acostaré debajo de ti —gimió. Al encontrarlo así, montó y cabalgó sobre el desventurado corcel; y la niebla del aliento de Iván se aceleró como los bufidos de una bestia al galope, sus ojos girando salvajemente bajo párpados atrapados en el pecado. Y en ese breve lapso de lujuria sembrada por el diablo, tal como cien monjes sufrieron desde entonces, otro fraile de los Guardianes cayó en desgracia.

~*~

Amaneció como siempre, demasiado pronto para varios de los frailes mayores de la abadía, e incluso antes para Fray Odino tras su peregrinación nocturna a la bodega. Mucho antes de que la mayoría de los residentes del dormitorio despertaran, los monjes mayores se dedicaron a sus tareas rutinarias: cuidar de los caballos, preparar el desayuno y otras obligaciones que les obligaban a ser los primeros en comenzar el día. El llamado a las armas de Iván, un fraile mayor, al amanecer, insuflaba nueva vida a las catacumbas de la abadía. Le acompañaba su escudero permanente, Lázaro, quien demostraba su valía fabricando y reemplazando, encendiendo y apagando las numerosas antorchas de las catacumbas. Entre ambos, los túneles se mantenían en perfectas condiciones para el intenso tránsito diario de monjes y escuderos.

Inquieto, pero sin saber de la visita anterior del Espíritu del cuervo, Iván retomó su rutina diaria. De debajo de su cama, sacó un cuenco de madera cubierto con un paño: su comida intacta de la noche anterior. Con una antorcha encendida y el cuenco, salió del dormitorio, cruzó los oscuros terrenos de la Abadía y entró en un largo edificio que albergaba la entrada a las catacumbas. Caminó por el pasillo, dobló una esquina, abrió una puerta de madera y bajó por una escalera de piedra con la antorcha en alto. Su paso era largo y decidido al entrar en las catacumbas; su tosca túnica brillaba a la luz de la antorcha como una cortina rústica que se mece con la brisa de una ventana abierta.

Mientras el monje se adentraba más en los antiguos túneles sinuosos, aparecieron nichos arqueados a lo largo de una pared entre columnas estriadas de piedra tallada. Las paredes de los nichos consistían en figuras grotescas elaboradamente talladas. Los extraños cuadros permanecían allí, ennegrecidos. Con siglos de humo de antorchas, que representan horribles combinaciones de humanos y bestias. Había caballeros con cabezas de pájaros o perros; demonios y bestias de presa con rostros humanos; criaturas con rasgos horribles y extremidades humanoides cubiertas de pelo. En todos los Entre cientos de figuras, había una constante: cada una lucía un par de alas huesudas, como las de los murciélagos. Las espantosas esculturas murales eran una acumulación de aberraciones que solo los condenados y los dementes podrían apreciar.

Más abajo aún, las tallas daban paso a paredes lisas en las que estaban incrustadas una

Una serie de puertas de madera daban acceso a las criptas que albergaban los restos momificados de dignatarios papales privilegiados: antiguos abades, frailes del Concilio Menor, incluso algunos obispos y otros miembros de la nobleza. El fraile giró a la derecha en una bifurcación y a la izquierda en otra. La catacumba se abría entonces a un laberinto de túneles que se extendían en todas direcciones. Iván recorrió un camino familiar a través del laberinto de bloques de piedra y roca subterránea tallada, aunque sus profundos ojos azules estaban distantes, perdidos en un mar oscuro y turbulento.

Al cabo de un rato, se detuvo junto a una estrecha entrada. Asegurando la antorcha en un hueco de la pared, se inclinó hacia la oscuridad y dijo: «Lázaro, te traigo más comida. Primero comes, luego encendemos las antorchas». De un bolsillo de su túnica, sacó una delgada mecha de cera y la encendió en la antorcha. Entró sigilosamente en la habitación y colocó la mecha en una lámpara de aceite que descansaba sobre un barril de roble volcado. Una tenue luz llenó la pequeña habitación, dejando al descubierto una pequeña cama de tablones contra la pared. En ella estaba sentado un Lázaro soñoliento, sin capucha, frotándose los ojos con los puños. El muchacho bostezó, dejando al descubierto unos colmillos gruesos y romos.

Sus rasgos faciales se parecían a los de cualquier niño de su edad, salvo sus dientes y orejas; orejas que se asemejaban más a una mezcla entre las de un perro sin pelo y un elfo que a las de un niño. Lucía una espesa y enmarañada mata de pelo negro liso. Cejas oscuras y pobladas. Una mirada penetrante, con los ojos de un azul índigo, se arqueaba sobre el cuerpo. Curiosamente, con la boca cerrada y las orejas cubiertas, podría confundirse fácilmente con cualquier otro chico. La apariencia de Lázaro era más extraña que repulsiva, pues le confería una naturaleza casi mística, salvaje pero a la vez gentil y algo atractiva. Una túnica holgada se extendía sobre sus delgados hombros, ajustándose finalmente a la altura de sus tobillos. Unos calcetines de arpillera gruesa cubrían sus pies; las plantas de estos calcetines estaban deshilachadas y cubiertas de una capa negra de mugre acumulada en el suelo del túnel.

Iván se quedó paralizado un instante; con los ojos muy abiertos, luego se dirigió hacia la cama de tablones con tanta fuerza que el muchacho, aún adormilado, se encogió contra la pared. —Vuelve a ponértelo —ordenó el monje con dureza—. ¡Ahora mismo! Iván dejó el cuenco con un estrépito y recorrió la habitación con la mirada. —¿Dónde está? ¡Debes llevar la capucha siempre, muchacho! ¿Me oyes? ¡Siempre! La mirada distraída del monje había desaparecido; en su lugar había una expresión atormentada que Lázaro supuso que debía ser ira, aunque no lo era.

La severa reprimenda de Iván lo despertó por completo y el niño obedeció, extendiendo la mano hacia atrás para coger la capucha de la cama, quejándose mientras se ponía la máscara sobre la cabeza: «Fray, No puedo dormir. La capucha se mueve y me impide respirar.

Iván se sentó a su lado y Lázaro giró la cabeza para que Iván pudiera ajustar los cordones de la capucha. «No importa. Debes llevarla siempre puesta. Si es necesario, sube la solapa de tela que te cubre la boca, pero deja puesta la capucha».

“¿Puedo ponerme la nueva capucha, fraile?”

“Aún no está listo. Lo estoy cosiendo todavía.” Iván deslizó los dedos por los cordones de cuero, ajustándolos periódicamente, mientras Lázaro alineaba los agujeros con sus ojos. —Pronto estará listo —dijo Iván, perdiendo algo de su dureza en la voz—. Ahora, mantén estos cordones bien ajustados y este no se volverá así. Ah, ya veo. Tienes demasiado pelo. Lo adelgazaremos cuando termine la nueva capucha. —Atando bien los cordones, el monje se levantó de la cama—. Ahí, bien ajustado. Si te lo quitas otra vez, ten por seguro que te castigaré, Lázaro. Ahora, toma; come. —Iván tomó el cuenco y se lo puso en las manos a Lázaro.

El monje se acercó a la puerta y se apoyó en ella. De vez en cuando, miraba hacia afuera de la habitación y luego a Lázaro, como si lo vigilara. Observó cómo trozos de pan remojados en leche de cabra desaparecían bajo la capucha. Poco después, Iván descolgó la antorcha de la pared. «Prepararé las envolturas de la antorcha. Nos vemos en la bodega cuando hayas terminado», dijo Iván, saliendo por la puerta.

Lázaro le llamó y le dijo: «Fray, ¿puedo hacerle una pregunta?»

Iván respondió: "¿Qué ocurre, hijo?"

“¿Por qué grita la Piedra de la Puerta?”

“¿Gritar? ¿Por qué lo dices?”

“Se oye más fuerte, como si estuviera ocurriendo en esta misma habitación.”

“No quiero que pienses en esa cosa, Lázaro. Déjalo en paz. No debes pensar en eso.

Reflexiona sobre su existencia. Piensa en otra cosa: tal vez en pájaros, árboles o los grandes ríos que fluyen de los que tantas veces hemos hablado. Considera incluso a los ángeles, que son puros. ¿Puedes hacer eso por los dos?

—Lo haré, fraile.

Iván se disponía a marcharse cuando el niño volvió a llamarlo.

“¿Pueden los pájaros volar tan alto como los ángeles? ¿Incluso hasta el cielo?”

—No, Lázaro. —El monje parecía cansado—. El cielo es para los hombres, no para las bestias de la tierra ni para las aves del cielo. —Y añadió—: No vuelvas a hablar de la Piedra de la Puerta, a nadie. No quiero oír más de eso.

«Fray, ¿soy yo un hombre?»

“Todavía eres un niño. Tienes mucho que aprender algún día. Basta de preguntas, Lázaro. Come.”

Y recuerden estrictamente lo que les digo sobre la Piedra de la Puerta, ¿me entienden?

—Sí, fraile —dijo Lázaro, volviendo a su comida mientras Iván desaparecía.

~*~

Sobre el suelo, entre las densas sombras de la vacía catedral abacial, un escarabajo negro emergió de un estrecho hueco y corrió por el suelo de piedra hacia el santuario. Cruzó el presbiterio, a través de la última luz de la luna matutina, y corrió contra la losa sobre la que se encontraba el altar. Entre el suelo y la losa había una estrecha grieta, y el escarabajo buscaba una entrada lo suficientemente amplia para su lomo alado y encorvado. De repente, su movimiento cesó. Congelado, se volteó sobre su lomo. El insecto no había encontrado una entrada, sino una salida, y de esa grieta emanaba una oscuridad turbulenta y viviente.

El curioso escarabajo cayó engullido por la penumbra que irradiaba desde muy abajo; extendiéndose hacia arriba y en línea recta a través de las losas como la luz, pero esto era la antítesis de la luz. Donde cayó, no había nada, e incluso las sombras de la luna parecían brillantes en comparación.

Cuando esta oscuridad profana alcanzó el borde del santuario, una ráfaga de polvo acompañó el silbido constante que provenía de debajo de la piedra del altar, soplando como una chimenea volcánica. Una sustancia acre y sulfurosa corrompió el aire. Un gas pálido brotó de la grieta y comenzó a tomar forma, agitándose mientras se volvía cada vez más denso. La masa cambiante se elevó vertiginosamente, serpenteando y girando entre las columnas de los arbotantes y dando vueltas por el techo como una mosca atrapada. Luego se precipitó, ametrallando el santuario con zarcillos de una nube aceitosa y nauseabunda antes de desaparecer por un pasillo de vestidores del clero.

En un rincón de un vestidor, pesada contra el suelo, la nube gorgoteaba mientras la niebla se disipaba, revelando una masa oscura que crecía en su interior. Hueso, ligamento, tejido y piel se coagulaban, culminando en un chillido de halcón que rasgó los silenciosos pasillos de la catedral. Volvió a suceder, como había ocurrido cientos de veces desde entonces. Nació otro Grotesco, otro descendiente de Eljo, ahora entregado a través de la presencia del monolito francés. El niño era de una raza antigua y bestial, tan antigua como el amanecer del Infierno, y engendrado únicamente de la unión carnal de un Hombre y un Ángel lo suficientemente malvado como para dar a luz tal aberración de la Creación. El Grotesco era femenino, de forma casi humana, y comparable en tamaño y estatura a una niña de seis o siete años. Lucía un par de alas —de carne y hueso— parecidas a las de un gran murciélago. Con cabello negro, ojos índigo y un par de orejas élficas, parecidas a las de un perro; en conjunto, su extraña apariencia podría haber sido una imagen reflejada, y una versión más joven, del joven escudero Lázaro.

~*~

Desde la perspectiva de un pájaro en vuelo, la abadía catedralicia formaba la figura de una cruz,

con una sala principal vertical intersectada por un par de alas extendidas. Había tres conjuntos de puertas dobles exteriores: la entrada principal, situada en la base de la cruz, y otras en el extremo exterior de cada ala. El santuario se encontraba en el corazón de la cruz, en la parte superior de la monolito. Los confesionarios y las salas de penitencia y flagelación se alineaban en la cabecera de la cruz. La sacristía, la sala de reuniones y las dependencias prácticas se ubicaban en el brazo izquierdo de la cruz, y un oratorio con asientos escalonados formaba el brazo derecho.

Las oscuras horas previas al amanecer transcurrieron sin tregua, y un monótono y lejano repiqueteo comenzó a resonar en el campo; el imponente campanario de la abadía anunciaba otro día de ora et labora: oración y trabajo. En la tenue luz del amanecer, largas formaciones de monjes se desplazaban entre una fina niebla hacia el oratorio de la catedral. El tintineo de los pestillos de las puertas exteriores rompió la paz sepulcral del interior de la iglesia. Un acólito, al frente de la santa procesión, abría paso con un incensario humeante, balanceando la bola metálica perforada como un péndulo. Largas filas de asientos de madera escalonados se enfrentaban a lo largo de un amplio pasillo central. Los asientos delanteros estaban a ras del suelo, mientras que las filas traseras se apretaban contra las paredes.

Cada asiento pertenecía a un solo monje, salvo los asientos designados para invitados más cercanos a las paredes del fondo. Las columnas de sacerdotes se separaron, y cada hombre encontró su camino hacia su respectivo asiento.

Juntos, los frailes Iván y Odino avanzaron y se arrastraron por el mismo pasillo. Apenas unos asientos más adelante, Iván se detuvo y susurró por encima del hombro de los frailes Clodio y Greville: "¿Encontraste más ratas, Clodio?". Clodio respondió con una mirada desafiante. Iván sonrió con sorna y siguió adelante. Odino se detuvo y le dio una palmadita en la cabeza a Greville. «¡Ha logrado desenterrar al fraile Greville, aquí mismo!». El monje, de mal humor, apartó la mano de Odino de un manotazo. Odino soltó una risita y siguió a Iván mientras Greville le gruñía: «¡Tu día llegará pronto, Odino!». —No les hagas caso —consoló Clodio a Greville con la barbilla en alto y los labios apretados—. Incluso sin el abad, veremos cómo ambos son humillados.

Unos asientos más abajo, se sentó. Al notar que el asiento ocupado debajo del suyo, Iván esbozó una sonrisa. —¡Nicolás! —Un joven fraile, de aspecto robusto y bronceado, alzó la vista y le sonrió. Ausente de la abadía durante varios meses, el fraile Nicolás seguía destinado como párroco del pueblo cercano de Murat. —¡El monje pródigo ha regresado! —exclamó Nicolás—. Iván soltó una risita y preguntó: "¿Cómo están los buenos habitantes de Murat?". —Necesitan urgentemente orientación —dijo Iván asintiendo. Odino se acercó y, al ver a Nicolás, se detuvo bruscamente—. ¿Me engañan mis ojos? Odino salió corriendo, Nicolás se levantó y los dos monjes se abrazaron. —Me alegra verte de nuevo —respondió Nicolás. Odino le susurró con picardía al oído: "¿Y cómo está la viuda del zapatero?"

Nicholas suspiró y negó con la cabeza mirando al suelo. «Pone a prueba mi fe, hermano». Se rieron entre dientes mientras las cabezas cercanas se giraban para revelar rostros que denotaban un evidente estreñimiento. Los dos frailes se recompusieron y se sentaron. La campana de la torre de la abadía repicaba y la asamblea quedó en silencio.

Desde un asiento en primera fila, un joven fraile se levantó y se dirigió hacia un púlpito situado en el centro del pasillo. Sobre el púlpito reposaba un ejemplar abierto de las Sagradas Escrituras de gran tamaño. Rodeó el púlpito, hizo una reverencia respetuosa y besó el libro. Se aclaró la garganta, posó un dedo índice sobre sus páginas y leyó en voz alta: «¡Ay de los que llaman al mal bien y al bien, y al mal, bien!» El mal, que pone la oscuridad por la luz y la luz por la oscuridad, que...

“¡Chirrido!” El sacerdote agarró el púlpito y se giró, buscando intensamente el origen de la horrible voz que perforaba el aire. Más de cien pares de ojos bien abiertos se abalanzó sobre él y se dirigió hacia el Santuario. Todos se quedaron boquiabiertos. Casi todos los monjes habían oído ese sonido antes, pero sus expresiones de confusión eran idénticas.

El abad Vonig se puso de pie de un salto, con el ceño fruncido. Todas las miradas se posaron en él. «Espero que todos, excepto el Consejo Inferior, regresen al dormitorio. ¡De inmediato!». Nicolás y otros cien monjes afligidos y molestos abandonaron las vísperas matutinas, se pusieron de pie de un salto y se dirigieron hacia la puerta. El abad les gritó: «¡Postraos en vuestras celdas y repetid vuestros actos de contrición, hasta que yo os ordene lo contrario!». Treinta y tres monjes mayores permanecieron allí, entre ellos Iván, Odino, Clodio y Greville.

Cuando el último sacerdote hubo salido y cerrado la puerta de la catedral, Vonig se volvió para escudriñar al resto de la congregación de rostros asombrados; su propio semblante resplandecía con ira, teñida de asco. Más chillidos resonaron. Mientras los ojos ardientes de Vonig recorrían las filas de monjes, las cabezas que se estiraban se agacharon y las miradas curiosas se posaron apresuradamente en el suelo.

“¿Quién de vosotros es el responsable? ¡Confiesa!” Ningún sacerdote se confesó. Vonig se dio la vuelta y se dirigió furioso al podio. “¡Muy bien, entonces; tomen sus posiciones!” Al instante, obedecieron, conscientes del ritual que seguía: con cada nuevo Grotesco nacido, todos pagaban el precio; siempre lo hacían, y lo harían ahora, como muchas veces más. Al unísono, los frailes del Consejo Inferior se levantaron, bajaron de las gradas y se reunieron en el pasillo central. Cada uno se arrodilló, juntando las manos en la parte baja de la espalda.

Ante el Santuario, los tres investigadores se prepararon y abrieron la puerta de golpe; nada. Los monjes entraron con cuidado en su interior tenue. Salvo unas pocas túnicas...

A pesar de que las estatuas, los pedestales y otros objetos religiosos estaban cubiertos con telas, la sala permanecía vacía.

«¡Siseo!» Sus miradas se alzaron rápidamente para descubrir a la Grotesca con las alas extendidas y el alborotado cabello negro, mostrando unos colmillos romos como los de un perro, posada en una cornisa pétreo cerca del techo. Dejó escapar un torrente de palabras furiosas, extrañas y exóticas al oído: el lenguaje de los ángeles.

Mirando fijamente desde el púlpito las cabezas rapadas humildemente inclinadas, el abad se giró. Su atención se centró en el libro que tenía delante. Hojeó sus páginas, con el cuello y las orejas enrojecidas por la ira mientras los gritos y la lengua extranjera seguían resonando. Uno de los seis investigadores regresó, sujetándose una herida en la mandíbula. La sangre se filtraba entre sus dedos y salpicaba el suelo.

—Déjanos —respondió el abad—. Cura tu herida. El monje hizo una reverencia y dejó un rastro considerable de agua esparcida hacia la puerta de la catedral, mientras los gritos y chillidos atestiguaban la continua lucha en el santuario.

Poco después, sus dos compañeros se acercaron, forcejeando con un Grotesco envuelto que se resistía. Vestida con una túnica de monje, el abad los detuvo en el púlpito y la sujetaron contra el suelo. Con voz apagada pero insistente, continuó su interminable diatriba de condenas angélicas.

Vonig clavó un dedo en las escrituras y gritó por encima de ella y de su congregación: «Y el Señor dijo: ¡Baja, porque tu pueblo se ha corrompido!». Su furia resonó a través de los arbotantes del techo. El abad echó un vistazo a los rostros alargados de los sacerdotes. Una calma extraña se apoderó de él; sus facciones cambiaron al compás de una mentalidad completamente distinta. Cerró el libro con cuidado, palmeó su cubierta y lo contempló fijamente.

Arrojó el libro desde el púlpito, lo alzó y lo lanzó; el libro se estrelló contra el suelo entre los monjes. Inclinandose sobre el púlpito, bramó mientras las protestas de los Grotescos puntuaban su diatriba: «¡No tendrás otros dioses delante de mí! ¡No te harás ninguna imagen tallada, ni ninguna semejanza de lo que hay en los cielos, en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra! ¡No te postrarás ante ellos ni los servirás, porque soy un Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen !».

Vonig los observó atentamente, como un padre a sus hijos descarriados, tratando de convencerse de que no eran hombres malvados. Como su abad, su fracaso era su fracaso; su culpa era su culpa. Sin embargo, los hombres son hombres, santos o no, se dijo el abad. Incluso

Así como Adán deseó los lomos de una mujer —la lujuria es lujuria, en un corazón perverso o puro—, incluso como una serpiente retorciéndose conoció los lomos de Adán. Desde el mono hasta el monje, los deseos de la carne quedaron grabados en el plano de la Creación. Este nuevo Grotesco confirmó la creencia de Vonig: que el hombre seguiría obedeciendo las Leyes de la Creación, incluso a costa de sus propias leyes de fe.

El abad rodeó el púlpito y caminó entre ellos. —Tú —le estrelló una patada a un monje—, ¿qué hago con esto?

El sacerdote, sobresaltado, respondió: “No lo sé, abad. No es mío”.

—Todos son tuyos —lo reprendió Vonig—. ¡Eres un fraile del consejo! —Se dirigió a otro—. ¡Tú! ¿Adónde voy a ir con eso?

El segundo respondió: “¿En lo alto de la catedral?”

—¿Y por qué no? —preguntó el abad.

“Está lleno.”

“Así es, no queda espacio.”

“¿Tal vez Notre Dame?”

“Oh, pero no piden más.”

Un tercer monje intervino: “Abad, conozco un terreno sagrado al norte: una nueva catedral.

¿Podríamos enviar el regalo a...?”

Vonig se giró bruscamente y lo interrumpió: «¡NO! ¡ Que ninguno más abandone los terrenos de los monasterios del Concilio! ¡Tenemos a todas las órdenes de la Santa Sede convencidas de que Gardiens y Canello rebosan de maestros canteros, esculpiendo estos... estos dones! ¡ Ojalá pudiéramos dominarnos a nosotros mismos! No, no son dones. ¡Son pecados! ¡ Los tuyos, sellados en piedra! ¡Basta y

El monje apartó la mirada de la penetrante mirada de Vonig . Vonig se giró y caminó entre ellos: «Reúne esto. Las estatuas no son más que registros eternos de tus pecados, registros en piedra que te harán merecedor de un justo derecho al Infierno. Y esta Mujer-Espectro de la Piedra de la Puerta...»

Al instante, una avalancha de imágenes carnales inundó la mente de Iván: perversas representaciones mentales de su unión soñada con Lucifael. Y descubrió que la cita nocturna no había sido un sueño, como había imaginado al principio.

“Es seductora, ¿verdad? Madura y dispuesta. Y oh, tan ansiosa por complacer...”

Los ojos de Iván se abrieron de par en par al ver al Grotesco atado y forcejeando, y al darse cuenta plenamente del papel directo e inconsciente que había desempeñado en su creación.

“Y cuando te ganes la condenación, tal vez este espíritu de ramera de tu lujuria te reciba en

Infierno y consolarte como lo hizo una vez. Sin embargo, puesto que ya no tendrá necesidad de tentarte con sus encantos lúgubres y perversos para hacerte caer, tal vez podría consolarte en su verdadero rostro, como el de una serpiente horrible o un dragón. ¿Y si la mujer espectro es realmente el mismísimo diablo? Oh, en efecto, tal vez podría consolarte de maneras que ni siquiera puedes comprender. Tal vez pueda profanar tu cuerpo mientras gritas, hacer contigo lo que quiera, para siempre. Oh, las formas imaginativas en que podría hacerlo, los muchos tormentos. ¿Puedes siquiera contarlos? Las infinitas formas que harán llorar incluso al hombre más duro como a una niña frágil, mientras arde, gritando eternamente en las ¿del infierno?” Vonig frunció el ceño al mirarlos a todos. Recogió las Escrituras del suelo, La besó y regresó al podio. La estrelló contra el suelo, y su furia resonó por toda la catedral.

Iván estaba seguro de que su confesión podría poner en peligro la seguridad de Lázaro y, como cualquier padre justo y protector solía hacer, obedeció a sus instintos y no dijo nada. Los continuos desvaríos del abad se desvanecieron en murmullos incoherentes mientras Iván luchaba contra su nuevo demonio interior: la idea recién revelada de que había engendrado un segundo hijo. Grotesco, un segundo Lázaro, una cruz más que cargar. Apretó la mandíbula y fijó la mirada en las losas bajo sus pies.

Iván se sobresaltó cuando el abad se secó el sudor de la frente y gritó: «¡Hay manos ociosas entre nosotros! ¡Los veré ocupados otra vez, construyendo un nuevo campanario para la abadía!». Alzó la cabeza y escudriñó las penumbras de la parte superior del ala de la catedral. Juntó las manos y, con voz serena, compartió su visión con ellos: “Será más alta y más profunda. Será más ancha en la base que en la cima y tendrá terrazas suficientes para albergar a mil Grotescos. Primero, luz solar; la torre se elevará lo suficientemente alto hacia los cielos para que el sol nunca se ponga sobre estos Demonios de piedra. Si es necesario, la torre perforará las nubes. Segundo, tierra sagrada; uno de ustedes será encerrado dentro de la Torre, orando en todo momento, y tocarás la campana como penitencia por el resto de tus días. De esta manera, la torre se santificará aún más que nuestra catedral. Por último, para alejar el Mal, haremos que la torre sea redonda, para que vuestras abominaciones miren en todas direcciones. El Diablo verá vuestras grotescas figuras de piedra desde cada colina y valle de la tierra y temerá estos lugares. Ahora bien, podríais decirme que la construcción de semejante torre es imposible. Siendo así, mi respuesta es sencilla: me mostrarás por qué no es posible, construyéndola. ¿Qué dices ahora?”

“¡Chirrido!” La criatura grotesca se retorció mientras los dos frailes forcejeaban con ella. Iván apretó la mandíbula.

—¡Levántense! —gritó Vonig. Los monjes se pusieron de pie al unísono.

“Esta figura grotesca será expuesta al sol al amanecer y así, se convertirá en piedra. Luego lo haré transportar a Italia, al Canello de Umbría, para su colocación. Con él, enviaré una carta al abad Domingo, ordenando que cualquier grotesco nacido en su Se enviará un monasterio aquí. De ahora en adelante, cargaremos con nuestros pecados y los de nuestros hermanos italianos.

—¡A los baños! —ladró Vonig—. Átenlo a una de las columnas de la piscina y manténganlo bajo estricta vigilancia hasta mañana. Con un brusco gesto de la mano, despidió a los dos monjes, quienes sacaron al grotesco, que se retorció, de la iglesia. Volvió a dirigirse a los monjes: —Como bien saben, puesto que encontramos al grotesco esta mañana, esta unión carnal sin duda tuvo lugar anoche. Si ninguno de ustedes fue el padre, yo... Espero que cada uno de ustedes hable con los sacerdotes y escuderos que están a su servicio. Si alguno de ustedes descubre quién engendró a este demonio, espero que me informe de inmediato. Y no necesito recordarles que esta reunión es solo para los frailes del Consejo Inferior. Hablar de asuntos del Consejo o mencionar la Piedra de la Puerta es castigado con la muerte”. Vonig golpeó el podio: “¡Recuperaré mi abadía! ¡Ahora, fuera de mi vista!”. Al unísono, los frailes del Consejo se dieron la vuelta y se dirigieron hacia la puerta. Dicho esto, el abad bajó la cabeza y se frotó la sien.

Iván, el último de la fila, entró por la puerta cuando Vonig le gritó: «¡Fray Iván!». Iván se puso rígido y se giró lentamente, con el corazón en un puño.

“¿Sí, abad?”

“¿Deseas confesar algo?” Los momentos transcurrían como si fueran días.

“Ningún abad.”

“¿En serio?” Pasaron más días.

Vonig volvió a preguntar: “¿Niegas que hay una rata en tus catacumbas?”

“¿Una rata?”

“¿No matarás?”, preguntó Vonig por tercera vez, con una sonrisa cansada asomando en su rostro.

“Ojalá mis monjes vieran su deber con la misma claridad que vuestro bendito escudero de las catacumbas.”

—Sí, abad —respondió Iván.

"Debo volver a visitar al muchacho pronto... ¿Lázaro, verdad?"

"Ese es su nombre."

"¿Cómo se encuentra?"

"Está sano y activo; es puntual y generoso con la oración y la penitencia; no le falta de nada", comentó Iván encogiéndose de hombros.

¿Cómo se desempeña Lázaro con las tareas que le asignas? ¿Necesita más ayuda allí abajo? ¿Uno o dos escuderos más para asistirlo, tal vez en los días más exigentes? Si es así, yo...

pueden realizar los turnos de trabajo necesarios."

"No podría pedir a nadie mejor para ayudarme con las tareas de las catacumbas que al escudero Lázaro y al fraile Odino. Los tres somos más que capaces de cumplir con todas las tareas que se nos asignen, abad."

«¡Qué lástima ! ¡Pobre muchacho!», añadió Vonig, meneando la cabeza. Respiró hondo y, al despedirse, le ofreció a Iván unas palabras de sabiduría bíblica: «En verdad... en cuanto lo hicisteis a uno de los más pequeños de mis hermanos, a mí me lo hicisteis».

"Sí, abad."

Buscaron en los ojos.

Vonig se giró e inspeccionó el interior de la catedral, mirando fijamente en dirección al Grotesco viviente recién descubierto. Frunció el ceño y apretó la mandíbula. «Puedes irte».

Iván hizo una reverencia y salió apresuradamente de la catedral, con el corazón apesadumbrado por el pecado que acababa de descubrir.

[Fin del capítulo 3]



Esta obra literaria fue creada d exclusivamente en dedicación de

Edgar Allan Poe (1809-1849)

— Que su legado perdure en todos nosotros —



~[GothicNovel.Org](https://www.gothicnovel.org)~